



BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 8

CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Finkelstein, Israel. “¿Tuvo lugar el Éxodo?”. En *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, 63-82. Madrid: Siglo XXI, 2005.

2.- ¿TUVO LUGAR EL ÉXODO?

La heroica figura de Moisés enfrentándose al tiránico faraón, las diez plagas y el éxodo masivo de los israelitas de Egipto han perdurado durante siglos como imágenes centrales e inolvidables de la historia bíblica. Conducidos por un líder —y no un padre— guiado por Dios, representante de la nación ante Dios y de Dios ante la nación, los israelitas recorrieron el trayecto casi imposible que les llevó desde su condición desesperada de esclavos hasta las fronteras mismas de su Tierra Prometida. Esta historia de la liberación de los israelitas de la servidumbre es tan importante que los libros bíblicos del Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio —nada menos que cuatro quintas partes de las escrituras fundamentales de Israel— están dedicados a los transcendentales acontecimientos vividos por una sola generación en poco más de cuarenta años. Durante esos años se produjeron los milagros de la zarza ardiente, las plagas, la división del mar Rojo, la aparición del maná en el desierto y la revelación de la Ley de Dios en el Sinaí, manifestaciones visibles del dominio de Dios sobre la naturaleza y la humanidad. El Dios de Israel, conocido hasta entonces únicamente por revelaciones privadas a los patriarcas, se muestra aquí a la nación como una divinidad universal.

Pero ¿se trata de algo histórico? ¿Puede ayudarnos la arqueología a situar con precisión la época en que un dirigente llamado Moisés movilizó a su pueblo para el gran acto de liberación? ¿Podemos rastrear el camino del éxodo y la travesía del desierto? ¿Podemos siquiera determinar si se produjo alguna vez el éxodo tal como se describe en la Biblia? Doscientos años de intensas excavaciones y estudios de los restos de la antigua civilización egipcia nos han ofrecido una cronología detallada de los sucesos, personalidades y lugares de la época de los faraones. La narración del éxodo está llena de un cúmulo de referencias geográficas detalladas y concretas, más aún que las descripciones de los relatos patriarcales.

¿Pueden proporcionarnos un fondo histórico fiable de la gran epopeya de la huida de los israelitas de Egipto y su recepción de la Ley en el Sinaí?

Israel en Egipto: la epopeya bíblica

El relato del éxodo describe dos momentos de transición transcendentales cuya vinculación es crucial para el curso posterior de la historia israelita. Por un lado, los doce hijos de Jacob y sus familias,

que vivían en el exilio egipcio, crecen hasta convertirse en una gran nación. Por otro, esa nación experimenta un proceso de liberación y entrega a la ley divina que habría sido imposible anteriormente. Así, el mensaje de la Biblia pone de relieve la fuerza potencial de una nación unificada y piadosa cuando comienza a exigir su libertad incluso al reino más poderoso de la Tierra.

El escenario de esta espectacular metamorfosis espiritual estaba ya dispuesto al final del libro del Génesis, que presentaba a los hijos de Jacob viviendo seguros bajo la protección de su hermano José, quien se había hecho poderoso como influyente funcionario de la jerarquía egipcia. Los hijos de Jacob llevaban una existencia próspera y satisfecha en las ciudades del este del delta del Nilo y disponían de libertad para ir y venir a su patria cananea. Tras la muerte de su padre, llevaron el cuerpo de éste a la tumba que se hallaba preparada para él —al lado de su padre, Isaac, y su abuelo, Abraham, en la cueva de Macpela, en Hebrón—. Y durante un periodo de cuatrocientos treinta años, los descendientes de los doce hermanos y sus familias próximas se transformaron en una gran nación —tal como Dios había prometido— y fueron conocidos por la población de Egipto como hebreos. «Se multiplicaban y se hacían fuertes en extremo e iban llenando todo el país» (Éxodo 1:7). Pero los tiempos cambiaron cuando, finalmente, accedió al poder un nuevo faraón «que no había conocido a José». Temiendo que los hebreos traicionaran a Egipto en favor de alguno de sus enemigos, aquel nuevo faraón los esclavizó organizándolos por la fuerza en cuadrillas de trabajadores para que construyeran las ciudades reales de Pitón y Ramsés. «Pero cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más» (Éxodo 1:12). El círculo vicioso de opresión siguió ahondándose: los egipcios hicieron cada vez más acerba la vida de los hebreos al obligarles a realizar los duros servicios «del barro, de los ladrillos y toda clase de trabajos del campo» (Éxodo 1:14).

Temiendo un estallido popular de aquellos peligrosos trabajadores inmigrantes, el faraón ordenó ahogar en el Nilo a todos los niños hebreos varones. Sin embargo, de aquella medida desesperada surgió el instrumento de liberación de los hebreos. Un niño de la tribu de Leví —soltado a la deriva en una cesta de mimbre— fue hallado y adoptado por una de las hijas del faraón. El niño recibió el nombre de Moisés (de la raíz hebrea que significa «sacado» del agua) y lo crió en la corte real. Años más tarde, cuando Moisés había alcanzado la edad adulta, vio a un capataz egipcio que azotaba a un esclavo hebreo hasta desollarlo y sus sentimientos más hondos salieron a la superficie. Moisés mató al capataz y «enterró su cuerpo en la arena». Temiendo las consecuencias de su acto, huyó a un territorio yermo —al país de Madián—, donde adoptó una nueva vida como nómada del desierto. Y en sus andanzas como pastor solitario cerca de Horeb, «la montaña de Dios», Moisés recibió la revelación que cambiaría el mundo.

Desde las llamas brillantes y oscilantes de una zarza del desierto que ardía sin consumirse, el Dios de Israel se reveló a Moisés como libertador del pueblo israelita. Dios proclamó que los liberaría de sus

capataces y los conduciría a una vida de libertad y seguridad en la Tierra Prometida. Se identificó como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob y, en ese momento, reveló a Moisés su nombre misterioso y místico, YHWH, «soy el que soy». Y encargó solemnemente a Moisés, ayudado por su hermano Aarón, que regresara a Egipto para presentarse ante el faraón con una exhibición de milagros y exigir la libertad para la casa de Israel.

Pero el corazón del faraón se había endurecido y respondió a Moisés incrementando el sufrimiento de los esclavos hebreos. Por tanto, Dios ordenó a Moisés que amenazara a Egipto con una serie de plagas terribles si el faraón seguía negándose a responder al mandato divino: «Deja salir a mi pueblo» (Éxodo 7:16). El faraón no cedió y el Nilo se volvió sangre. Todo el país sufrió una invasión de ranas, seguidas de mosquitos y, luego, de moscas. Una enfermedad misteriosa diezmó el ganado de los egipcios; en su piel y en la de los animales que aún sobrevivían brotaron forúnculos y llagas. Del cielo cayó una granizada que arruinó las cosechas. Y, sin embargo, el faraón seguía negándose a transigir. Egipto se vio afectado por plagas de langostas y tinieblas; y, finalmente, por otra plaga terrible: la muerte de los primogénitos, tanto humanos como animales, de todo el país del Nilo.

Para proteger a los primogénitos israelitas, Dios ordenó a Moisés y Aarón preparar a la comunidad de Israel para un sacrificio especial de corderos con cuya sangre debían untar el dintel de todas las moradas de los israelitas a fin de que fueran pasadas por alto en la noche de la matanza de los hijos de los egipcios. También les ordenó tener dispuestas provisiones de pan ácimo para emprender un éxodo apresurado. Cuando el faraón fue testigo del horrible tributo de la décima plaga, la muerte de los primogénitos, incluido el suyo, cedió por fin y pidió a los israelitas que se marcharan y se llevaron sus rebaños de ovejas y demás ganado.

Así, la muchedumbre de Israel, en número de «seiscientos mil hombres de a pie, sin contar las mujeres y los niños» (Éxodo 12:37), partió de las ciudades del este del delta hacia la soledad del Sinaí. Pero, «cuando el faraón dejó marchar al pueblo, Dios no los guió por el camino de Palestina, que es el más corto, pensando que, si se veían atacados, se arrepentirían y volverían a Egipto; por eso Dios hizo que el pueblo diese un rodeo por el desierto hacia el mar Rojo» (Éxodo 13:17-18). Y cuando el faraón, lamentando su decisión, envió una fuerza de «seiscientos carros escogidos y los demás carros de Egipto» tras los israelitas que escapaban, el mar Rojo se abrió en dos para permitir al pueblo de Israel cruzar hacia el Sinaí, en tierra firme. Y, en cuanto hubieron cruzado, las aguas amontonadas sepultaron a sus perseguidores egipcios en un milagro inolvidable conmemorado en el canto bíblico del mar (Éxodo 15:1-18).

Guiada por Moisés, la muchedumbre de israelitas atravesó el desierto siguiendo un itinerario cuidadosamente registrado de lugares donde pasaron sed y hambre y expresaron su insatisfacción, pero fueron calmados y alimentados por la intercesión de Moisés ante Dios. Finalmente, tras llegar a la montaña de Dios en la que

aquél había recibido su primera gran revelación, el pueblo de Israel se congregó cuando Moisés ascendió a la cima para recibir la Ley bajo la cual los israelitas recién liberados vivirían para siempre. Aunque la reunión en el Sinaí estuvo marcada por la lacra de que los israelitas adoraron a un becerro de oro mientras Moisés se hallaba en la montaña (por lo cual éste, encolerizado, hizo trizas las primeras tablas de piedra), Dios transmitió por medio de él al pueblo los diez mandamientos y, luego, la compleja legislación de culto, pureza y leyes sobre alimentación. La sagrada Arca de la Alianza, que contenía las tablas de la Ley de Dios, sería en adelante el estandarte de guerra y el símbolo nacional más sagrado que acompañaría a los israelitas en todos sus desplazamientos.

Partiendo de su campamento, instalado en el desierto de Farán, los israelitas enviaron espías a recabar información sobre el pueblo de Canaán (Números 13). Pero los espías volvieron con informes tan aterradores sobre la fuerza de los cananeos y las imponentes fortificaciones de sus ciudades que la muchedumbre de israelitas se desanimó y se rebeló contra Moisés, suplicando volver a Egipto, donde, al menos, podía estar garantizada su seguridad física. Al ver aquello, Dios decidió que la generación que había conocido la esclavitud en Egipto no viviría para heredar la Tierra Prometida, y los israelitas hubieron de seguir vagando durante otros cuarenta años por el desierto. Así pues, no entraron en Canaán directamente, sino por una ruta serpenteante que pasaba por Cades Barne y se adentraba en la depresión de Araba cruzando las tierras de Edom y Moab, al este del mar Muerto.

El acto final del relato del éxodo tuvo lugar en las llanuras de Moab, en Transjordania, a la vista de la Tierra Prometida. Moisés, ya anciano, reveló a los israelitas el contenido completo de las leyes que se les exigiría obedecer para heredar verdaderamente Canaán. Este segundo código legal está contenido en el libro del Deuteronomio (denominado así por la palabra griega *deuteronómion*, «segunda ley»). El libro detallaba los peligros mortales de la idolatría, fijaba el calendario festivo, enumeraba una gran cantidad de artículos de legislación social y daba instrucciones para que, una vez conquistado el país, el Dios de Israel fuera venerado en un único santuario, «el lugar que el SEÑOR, tu Dios, haya elegido» (Deuteronomio 26:2). Luego, tras haber nombrado a Josué, hijo de Nun, para dirigir a los israelitas en su campaña de rápida conquista, Moisés, que tenía entonces ciento veinte años, ascendió a la cima del monte Nebo y murió. Se había completado el paso de familia a nación. Ahora, la nación se enfrentaba al formidable reto de cumplir el destino señalado por Dios.

Una cosa es cierta. La situación básica descrita en la epopeya del Éxodo —el fenómeno de unos inmigrantes que llegaban a Egipto desde Canaán y se asentaban en la región fronteriza oriental del delta— está abundantemente verificada por hallazgos arqueológicos y textos históricos. Desde los tiempos más antiguos documentados y a lo largo de toda la Antigüedad, Egipto atrajo a las gentes de Canaán como lugar de acogida y resguardo en momentos en que la sequía, el hambre o la guerra hacían la vida insostenible o, simplemente, difícil.

Esta relación histórica tiene como fundamento los contrastes básicos de ecología y clima entre Egipto y Canaán, las dos tierras vecinas separadas por el desierto del Sinaí. Canaán, con un clima típicamente mediterráneo, es seca en verano y recibe las lluvias en invierno, con una cantidad de precipitaciones que puede variar ampliamente de un año a otro. Como la agricultura de Canaán dependía tanto del clima, los años de lluvias abundantes proporcionaban prosperidad, pero los de pocas precipitaciones solían tener como consecuencia sequías y hambrunas. Así, las vidas de los habitantes de Canaán se veían profundamente afectadas por las fluctuaciones entre años de lluvias buenas, medianas o escasas, que se traducían directamente en años de prosperidad, escasez o hambre declarada. Y en tiempos de hambrunas sólo había una solución: bajar a Egipto. Egipto no dependía de las precipitaciones, sino que recibía su agua del Nilo.

También en Egipto había años buenos y malos —determinados por las fluctuaciones del nivel del Nilo en la estación de las inundaciones, debido a los diferentes regímenes de lluvias en sus fuentes de África central y las tierras altas de Etiopía—, pero las hambrunas eran allí raras. Aunque descendiera su caudal, el Nilo seguía siendo una fuente fiable de agua para el riego y, en cualquier caso, Egipto era un Estado bien organizado, preparado, por tanto, para años mejores o peores mediante el almacenamiento de grano en los silos del gobierno. El delta del Nilo, en concreto, ofrecía en la Antigüedad un paisaje mucho más atrayente de lo que vemos hoy. En la actualidad, debido al encenagamiento y a los cambios geológicos, el Nilo se escinde sólo en dos ramales principales justo al norte de El Cairo. Pero una gran variedad de fuentes antiguas, entre ellas dos mapas del periodo romanobizantino, nos informan de que en otros tiempos se abría nada menos que en *siete* brazos y creaba una zona mucho más extensa de tierra bien irrigada. El brazo más oriental se extendía hasta lo que es actualmente la zona de marjales salina y árida del noroeste del Sinaí. Además, canales de construcción humana que partían de él llevaban agua a todo el territorio y convertían lo que ahora son los pantanos áridos y salinos de la zona del canal de Suez en una tierra verde, fértil y densamente poblada. Tanto el ramal oriental del Nilo como los canales de construcción humana han sido identificados en años recientes mediante estudios geológicos y topográficos realizados en el delta y en el desierto situado al este del mismo.

Hay buenas razones para creer que en tiempos de hambruna, en Canaán —como los descritos en la narración bíblica—, tanto los pastores como los agricultores marchaban a Egipto para instalarse al este del delta y disfrutar de su fertilidad segura. Sin embargo, la arqueología nos ha proporcionado un cuadro mucho más matizado de las grandes comunidades llegadas del sur de Canaán en la Edad del Bronce para asentarse en el delta por múltiples razones y con diferentes niveles de éxito. Algunas de ellas estaban formadas por jornaleros sin tierra reclutados para la construcción de obras públicas. En otros periodos habrían acudido, simplemente, porque Egipto les ofrecía la perspectiva de comerciar y mejorar sus posibilidades económicas. Las famosas pinturas de la tumba de Beni Hasan, en Egipto,

to Medio, fechadas en el siglo IX a. de C., representan a un grupo de transjordanos que baja a Egipto con animales y bienes —probablemente como comerciantes, y no como jornaleros contratados—. Otros cananeos presentes en el delta podrían haber sido llevados allí por los ejércitos del faraón como prisioneros de guerra, tomados en campañas de castigo contra las ciudades-Estado rebeldes de Canaán. Sabemos que algunos fueron asignados como esclavos para cultivar la tierra de las fincas propiedad de los templos. Algunos lograron ascender en la escala social y acabaron siendo funcionarios del gobierno, soldados e incluso sacerdotes.

Estos comportamientos demográficos observables a lo largo del este del delta —con pueblos asiáticos emigrados a Egipto para ser reclutados allí como trabajadores forzados— no se limitan a la Edad del Bronce, sino que reflejan, más bien, los ritmos ancestrales de la región, incluidos los siglos posteriores de la Edad del Hierro, más próximos al tiempo en que se puso por escrito la narración del Éxodo.

Auge y caída de los hicsos

La historia del ascenso de José a una posición eminente en Egipto tal como se narra en el libro del Génesis es el relato más famoso sobre unos inmigrantes cananeos que alcanzan el poder en Egipto, pero hay otras fuentes que ofrecen en esencia el mismo cuadro —desde el punto de vista egipcio—. La más importante de ellas fue escrita por el historiador egipcio Manetón en el siglo ni a. de C. Manetón dejó constancia de la extraordinaria historia de éxito de unos inmigrantes, aunque desde su perspectiva de patriota egipcio fue ni más ni menos que una tragedia nacional. Basando sus informaciones en unos «libros sagrados» innominados y en «cuentos y leyendas populares», Manetón describió una invasión masiva y brutal de Egipto por extranjeros llegados del este a los que llamó hicsos,, una enigmática forma griega de una palabra egipcia que tradujo por «reyes pastores», pero que, en realidad, significa «soberanos de países extranjeros». Según informaba Manetón, los hicsos se establecieron en el delta en una ciudad llamada Avaris y fundaron una dinastía que gobernó Egipto con gran crueldad durante más de cinco siglos.

En los primeros años de la investigación moderna, los estudiosos identificaron a los hicsos con los reyes de la XV Dinastía egipcia, que gobernaron desde alrededor de 1670 hasta 1570 a. de C. Los primeros estudiosos aceptaron el informe de Manetón en un sentido muy literal y buscaron pruebas de una poderosa nación extranjera o un grupo étnico llegado de lejos para invadir y conquistar Egipto. Estudios posteriores demostraron que inscripciones y sellos con nombres de soberanos hicsos estaban escritos en una lengua semítica occidental —en otras palabras, cananea—. Excavaciones arqueológicas recientes realizadas en el este del delta del Nilo han confirma-

do esa conclusión e indican que la «invasión» de los hicsos fue un proceso gradual de inmigración de Canaán a Egipto más que una fulgurante campaña militar.

La excavación más importante ha sido la realizada por Manfred Bietak, de la Universidad de Viena, en Tell ed-Daba, un yacimiento situado en el este del delta e identificado como Avaris, la capital de los hicsos (Figura 6, p. 65). Las excavaciones realizadas allí muestran un aumento gradual de la influencia cananea en los estilos de cerámica, arquitectura y tumbas a partir, aproximadamente, de 1800 a. de C. Al cabo de unos ciento cincuenta años, en tiempos de la **XV** Dinastía, la cultura del yacimiento, que acabó convirtiéndose en una enorme ciudad, era abrumadoramente cananea. Los hallazgos de Tell ed-Daba son testimonio de una evolución prolongada y gradual de la presencia cananea y de una toma pacífica del poder en el delta. Se trata de una situación asombrosamente similar, al menos en sus líneas generales, a los relatos de las idas de los patriarcas a Egipto y su asentamiento definitivo en el país. El hecho de que Manetón, al escribir casi quince siglos después, describa una invasión brutal y no una inmigración gradual y pacífica debería entenderse, probablemente, en el contexto de su propia época, cuando el recuerdo de las invasiones de Egipto por asirios, babilonios y persas en los siglos VII y VI a. de C. seguía estando penosamente vivo en la conciencia egipcia.

Pero entre la epopeya de los hicsos y el relato bíblico de los israelitas en Egipto hay aún un paralelismo más revelador, a pesar de su drástica diferencia de tono. Manetón describe cómo concluyó finalmente la invasión de los hicsos en Egipto gracias a un virtuoso rey egipcio que los atacó y derrotó «matando a muchos de ellos y persiguiendo a los demás hasta las fronteras de Siria». Manetón insinuaba, de hecho, que, tras ser expulsados de Egipto, los hicsos fundaron la ciudad de Jerusalén, donde construyeron un templo. Más fiable es una fuente egipcia del siglo xvi a. de C. que cuenta las hazañas del faraón Amosis, de la XVIII Dinastía, que saqueó Avaris y persiguió al resto de los hicsos hasta su ciudadela principal, en el sur de Canaán —Sarujén, cerca de Gaza—, tomada por él al asalto tras un largo asedio. Efectivamente, hacia mediados del siglo xvi a. de C., Tell ed-Daba fue abandonada, con lo que se señalaba el repentino final de la influencia cananea en la zona.

Así, fuentes independientes arqueológicas e históricas hablan de migraciones de semitas de Canaán a Egipto, y de egipcios que los expulsan por la fuerza. Este esquema elemental de inmigración y regreso violento a Canaán es análogo al relato bíblico del Éxodo. Siguen en pie dos cuestiones: primera, ¿quiénes eran esos inmigrantes semíticos? **Y**, segunda, ¿cómo cuadra la fecha de su estancia en Egipto con la cronología bíblica?

La expulsión de los hicsos se fecha generalmente en torno a 1570 a. de C., en función de documentos egipcios y de pruebas arqueológicas de ciudades destruidas en Canaán. Según dijimos en el capítulo anterior al discutir la datación de la era de los patriarcas, 1 Reyes 6:1 explica que el Templo comenzó a construirse en el cuarto año del rei-

nado de Salomón, 480 años después del éxodo. De ese modo, según una correlación entre fechas de reinados de los monarcas israelitas y fuentes externas de Egipto y Asiria, el éxodo se situaría, más o menos, en 1440 a. de C, es decir, más de cien años después de la fecha de la expulsión de los hicsos por los egipcios, en torno a 1570 a. de C. Sin embargo, hay todavía una complicación más grave. La Biblia habla explícitamente de los proyectos de trabajos forzados impuestos a los hijos de Israel y menciona, en concreto, la construcción de la ciudad de Ramsés (Éxodo 1:11). Este nombre es inconcebible en el siglo xv a. de C. El primer faraón llamado Ramsés no ocupó el trono hasta 1320 a. de C —más de un siglo después de la fecha bíblica tradicional—. En consecuencia, muchos estudiosos han tendido a desear el valor literal de la datación bíblica, insinuando que la cifra de 480 años era poco más que una duración simbólica que representaba el periodo de vida de doce generaciones, con la extensión tradicional de cuarenta años para cada una. Esta cronología notablemente esquematizada sitúa la construcción del Templo a medio camino, más o menos, del final del primer exilio (en Egipto) y del segundo (en Babilonia).

Sin embargo, la mayoría de los estudiosos vieron la referencia específica de la Biblia al nombre de Ramsés como un detalle que habría preservado un recuerdo histórico auténtico. En otras palabras, sostenían que el éxodo debió de haberse producido en el siglo xm a. de C. Había, además, otros detalles concretos del relato del éxodo bíblico que apuntaban a la misma época. En primer lugar, las fuentes egipcias informan de que la ciudad de Pi-Ramsés («La casa de Ramsés») fue construida en el delta en tiempos del gran faraón egipcio Ramsés II, que reinó desde 1279 hasta 1213 a. de C, y que para su construcción se emplearon, al parecer, trabajadores semitas. En segundo lugar, y éste es quizá el dato de mayor importancia, la mención más temprana de Israel en un texto extrabíblico se halló en

Egipto, en la estela que describe la campaña del faraón Merneptah —hijo de Ramsés II— en Canaán a finales del siglo xm a. de C. La inscripción habla de una destructiva campaña egipcia contra Canaán en el curso de la cual fue diezmado un pueblo llamado Israel hasta el punto de que el faraón se ufanaba diciendo que la semilla de Israel «¡ya no existe!». Se trataba, evidentemente, de una presunción vana, pero indicaba que por aquellas fechas se hallaba ya en Canaán algún grupo conocido como Israel. En realidad, en las serranías cananeas aparecieron por entonces docenas de asentamientos vinculados a los primitivos israelitas. Por tanto, según han argumentado los estudiosos, si se produjo un éxodo histórico, tuvo que haber ocurrido a finales del siglo XIII a. de C.

La estela de Merneptah contiene la primera aparición del nombre de Israel en un texto antiguo conservado, lo cual vuelve a plantearnos las preguntas básicas: ¿quiénes eran los semitas que vivían en Egipto?, ¿se les puede considerar israelitas en algún sentido razonable? En ninguna de las inscripciones o documentos relacionados con el periodo de los hicsos se ha hallado mención alguna del nombre de Israel. Tampoco se menciona en inscripciones egipcias

posteriores ni en un extenso archivo del siglo XIV en escritura cuneiforme encontrado en Tell el-Amarna, en Egipto, cuyas casi cuatrocientas cartas describen en detalle las condiciones sociales, políticas y demográficas de Canaán por aquellas fechas. Según sostendremos en un capítulo posterior, los israelitas sólo aparecieron en Canaán como grupo diferenciado de forma gradual, a partir del final del siglo xm a. de C. Inmediatamente antes de ese momento no hay pruebas arqueológicas reconocibles de una presencia israelita en Egipto.

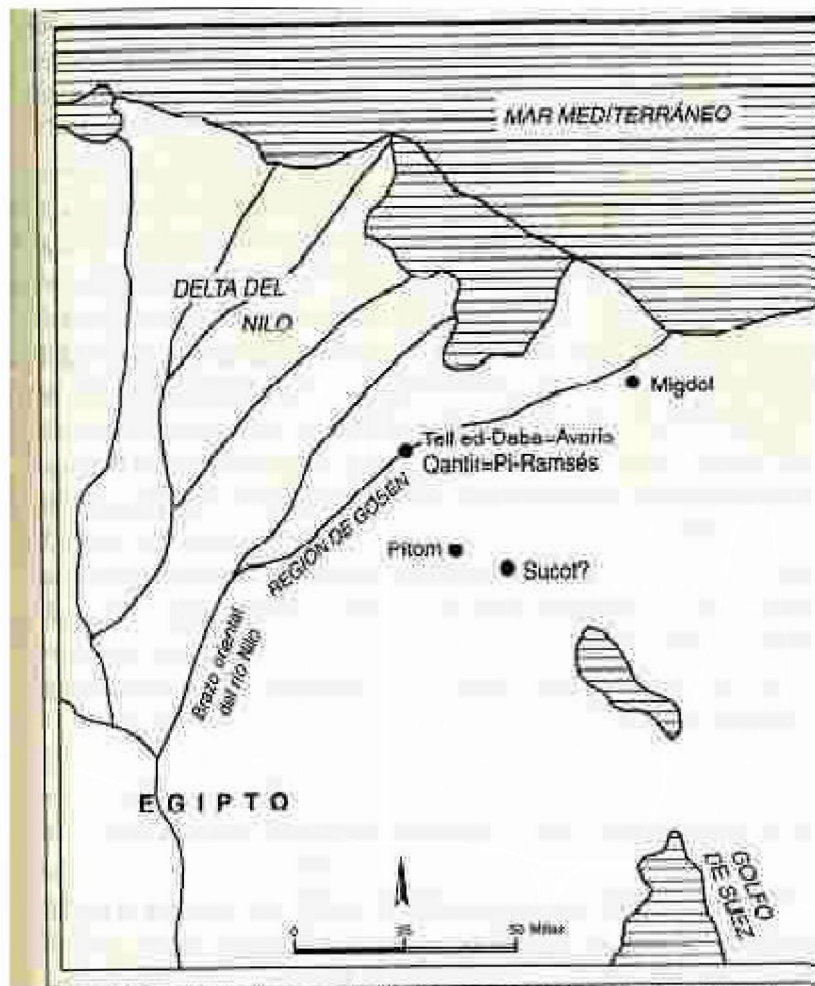


Fig. 6 El delta del Nilo, lugares principales mencionados en el relato del Exodo.

¿Fue siquiera posible un éxodo masivo en tiempos de Ramsés II?

Actualmente sabemos que la solución al problema del éxodo no se reduce a algo tan simple como un listado de fechas y reyes. La expulsión de los hicsos de Egipto en 1570 a. de C. dio paso a un periodo en que los egipcios se mostraron sumamente recelosos ante la entrada de extranjeros en sus tierras. Y el impacto desfavorable del recuerdo de los hicsos simboliza un estado de opinión observable también en los restos arqueológicos. Hasta hace muy pocos años no se ha visto con claridad que, desde el Imperio Nuevo en adelante y a partir de la expulsión de los hicsos, los egipcios reforzaron su control sobre el flujo de emigrantes de Canaán al delta. Para ello establecieron un sistema de fuertes a lo largo de la frontera oriental del delta y los guarnecieron con tropas y funcionarios. Un papiro de finales del siglo xm informa sobre el rigor de los comandantes de los fuertes en la vigilancia de los movimientos de extranjeros: «Hemos completado el paso de las tribus de los edomitas shasu [es decir, beduinos] a través de la fortaleza de Merneptah-contento-con-la-verdad, situada en *Tjkw*, hasta las albercas de *Pr-Itm* [existentes] en *Tjkw* para el mantenimiento de sus rebaños».

Este informe resulta interesante en otro sentido: nombra dos de los lugares más importantes mencionados en la Biblia en relación con el éxodo (Figura 6, p. 65). *Sucot* (Éxodo 12:37; Números 33:5) es, probablemente, la forma hebrea del egipcio *Tjkw*, nombre que se refiere a un lugar o zona al este del delta y que aparece en los textos egipcios de la época de la XIX Dinastía, la de Ramsés II. *Pitón* (Éxodo 1:11) es la forma hebrea de *Pr-Itm* —«Casa [es decir, Templo] del Dios Atón»—. El nombre aparece por primera vez en Egipto en tiempos del Imperio Nuevo. De hecho, otros dos topónimos de la narración del Éxodo parecen encajar en lo que era la zona oriental del delta por esas mismas fechas. El primero, ya mencionado más arriba, es la ciudad llamada Ramsés —Pi-Ramsés o «La casa de Ramsés», en egipcio—. Esta ciudad fue construida en el siglo xm como capital de Ramsés II en el este del delta, muy cerca de las ruinas de Avaris. El duro trabajo de fabricación de ladrillos descrito en el relato bíblico era una realidad común en Egipto, y una pintura sepulcral egipcia del siglo xv a. de C. representa en detalle ese oficio especializado de albañilería. Finalmente, el nombre de Migdal, que aparece en la narración del éxodo (Éxodo 14:2), es un nombre corriente entre los fuertes egipcios del Imperio Nuevo situados en la frontera oriental del delta y a lo largo de la ruta internacional que iba de Egipto a Canaán por el norte del Sinaí.

La frontera entre Canaán y Egipto estaba, pues, rigurosamente controlada. De haber pasado una gran masa de israelitas en fuga por las fortificacio-

nes fronterizas del régimen faraónico, habría existido un informe. Sin embargo, en las abundantes fuentes egipcias que describen la época del Imperio Nuevo en general y del siglo xm en particular no hay referencias a los israelitas, ni siquiera un solo indicio. Sabemos de grupos nómadas de Edom que entraban a Egipto desde el desierto. La estela de Merneptah se refiere a Israel como un grupo humano residente ya en Canaán. Pero no tenemos ninguna pista, ni siquiera una sola palabra, sobre israelitas antiguos *en* Egipto, ni en inscripciones monumentales sobre muros de templos ni en inscripciones funerarias ni en papiros. Israel no aparece por ningún lado —ni como posible enemigo de Egipto ni como amigo ni como nación esclavizada—. Y, sencillamente, no hay en este país ningún hallazgo que se pueda asociar directamente a la idea de un grupo étnico extranjero diferenciado (contrapuesto a una concentración de trabajadores emigrantes procedentes de muchos lugares) que residiera en una zona concreta del este del delta, tal como sugiere la crónica bíblica al hablar de los hijos de Israel que vivían juntos en el país de Gosén (Génesis 47:27).

Aún hay más: el hecho de que un grupo más que minúsculo eludiera la vigilancia egipcia en tiempos de Ramsés II parece sumamente improbable, como también lo es la travesía del desierto y la entrada en Canaán. En el siglo xni, Egipto se hallaba en la cima de su autoridad —era la potencia dominante del mundo—.

El dominio de Egipto sobre Canaán era firme; se habían construido fuertes egipcios en diversos lugares del país, y funcionarios egipcios administraban los asuntos de la región. En las cartas de el-Amarna, fechadas un siglo antes, se nos dice que una unidad de cincuenta soldados egipcios era lo bastante grande como para acallar posibles disturbios en Canaán. Y, a lo largo del periodo del Imperio Nuevo, grandes ejércitos egipcios marcharon hacia el norte a través del país cananeo, y llegaron hasta el Eufrates, en Siria. Por tanto, la principal ruta terrestre que partía del delta y llegaba a Gaza a lo largo de la costa norte del Sinaí y se adentraba luego hasta el corazón de Canaán era de máxima importancia para el régimen faraónico.

El tramo potencialmente más vulnerable de dicha ruta, el que cruzaba el árido y peligroso desierto del norte del Sinaí entre el delta y Gaza, era el más protegido. A lo largo de toda su extensión se había establecido un complejo sistema de fuertes egipcios, graneros y pozos situados a intervalos de una jornada de marcha denominado los Caminos de Horus. Estos puestos camineros permitían al ejército imperial cruzar cuando era necesario la península del Sinaí de manera conveniente y eficaz. Los anales del gran conquistador egipcio Tutmosis III nos dicen que marchó con sus tropas en diez días desde el este del delta hasta Gaza, una distancia de unos 250 kilómetros. Un relieve del reinado del faraón Seti I (en torno a 1300 a. de C.), padre de Ramsés II, muestra los fuertes y depósitos de agua en forma de mapa antiguo que representa la ruta del este del delta a la frontera sudoeste de Canaán. Los restos de estos fuertes fueron descubiertos en investigaciones arqueológicas realizadas en el norte del Sinaí por Eliezer Oren, de la Universidad Ben-Gurion, en la década de 1970. Oren descubrió que cada uno de esos puestos camineros, que correspondían con precisión a los emplazamientos señalados en el antiguo relieve egipcio, se componía de tres elementos: un fuerte sólido construido con ladrillos según la arquitectura

militar típica de Egipto, unas instalaciones de almacenamiento para provisiones de víveres y un depósito de agua

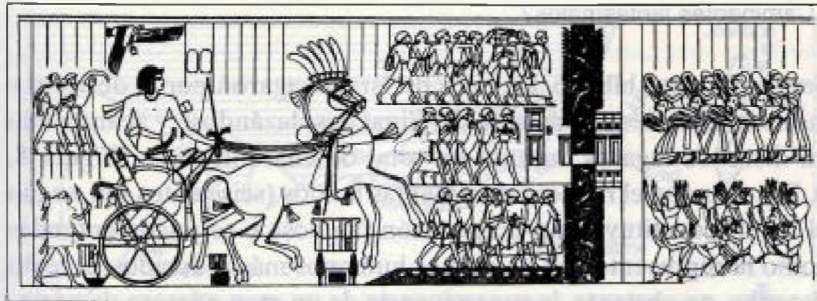


Figura 7. Relieve de la época del faraón Seti I (c. 1300 a. de C.). El relieve, grabado en un muro del templo de Amón en Karnak, representa la ruta internacional de Egipto a Canaán siguiendo la costa norte de la península del Sinaí. Los fuertes egipcios con depósitos de agua se indican en la sección inferior.

Dejando a un lado la posibilidad de milagros de origen divino, resulta difícil aceptar la idea de la huida de un grupo numeroso de esclavos de Egipto al desierto a través de las bien guarnecidas fortificaciones, y de allí a Canaán, en un tiempo en que la presencia egipcia era tan formidable. Cualquier grupo que escapase de Egipto contra la voluntad del faraón habría sido localizado fácilmente no sólo por un ejército egipcio que los persiguiera desde el delta, sino también por los soldados egipcios de los fuertes situados al norte del Sinaí y en Canaán.

De hecho, la narración bíblica alude al peligro de intentar huir por la ruta de la costa. Así, la única alternativa habría consistido en adentrarse en las desoladas inmensidades de la península del Sinaí. Pero la arqueología contradice también la posibilidad de que un grupo numeroso de personas pudiera recorrer dicha península.

¿Caminantes fantasmales?

Según el relato bíblico, los hijos de Israel vagaron por el desierto y las montañas de la península del Sinaí desplazándose y acampando en distintos lugares durante un total de cuarenta años (Figura 8, p. 71). Aunque el número de israelitas huidos (seiscientos mil, según el texto) constituya una exageración fabulosa o se pueda entender como la representación de grupos humanos más reducidos, el texto describe, no obstante, la supervivencia de un gran número de personas en las condiciones más dificultosas. Debería haber aparecido algún resto arqueológico de sus andanzas por el Sinaí a lo largo de una generación. Sin embargo, si exceptuamos los fuertes egipcios situa-

dos a lo largo de la costa norte, nunca se ha identificado en el Sinaí ni un solo lugar de acampada o signo de ocupación de la época de Ramsés II y sus inmediatos predecesores y sucesores. Y no ha sido por falta de intentos. Las repetidas prospecciones arqueológicas realizadas en todas las regiones de la península, incluida la zona montañosa de los alrededores del emplazamiento tradicional del monte Sinaí, junto al monasterio de Santa Catalina (véase Apéndice B), sólo han proporcionado pruebas negativas: no se ha encontrado un solo fragmento, ninguna estructura o casa ni resto alguno de un campamento antiguo. Se podría alegar que no es esperable que una partida relativamente pequeña de israelitas errantes dejara tras de sí restos materiales. Sin embargo, las técnicas arqueológicas modernas son muy capaces de hallar en todo el mundo huellas incluso de los escasísimos restos dejados por cazadores, recolectores y pastores nómadas. De hecho, el registro arqueológico de la península del Sinaí presenta testimonios de una actividad pastoral en épocas como el tercer milenio a. de C. y los periodos helenístico y bizantino. En el supuesto momento del éxodo, siglo XIII a. de C, no existen, sencillamente, ese tipo de pruebas.

La conclusión —la idea de que el éxodo no tuvo lugar en el tiempo y de la manera descritos en la Biblia— parece irrefutable cuando examinamos las pruebas en lugares concretos donde se decía que los hijos de Israel habían acampado durante largos periodos en su peregrinar por el desierto (Números 33) y donde es casi seguro que, de

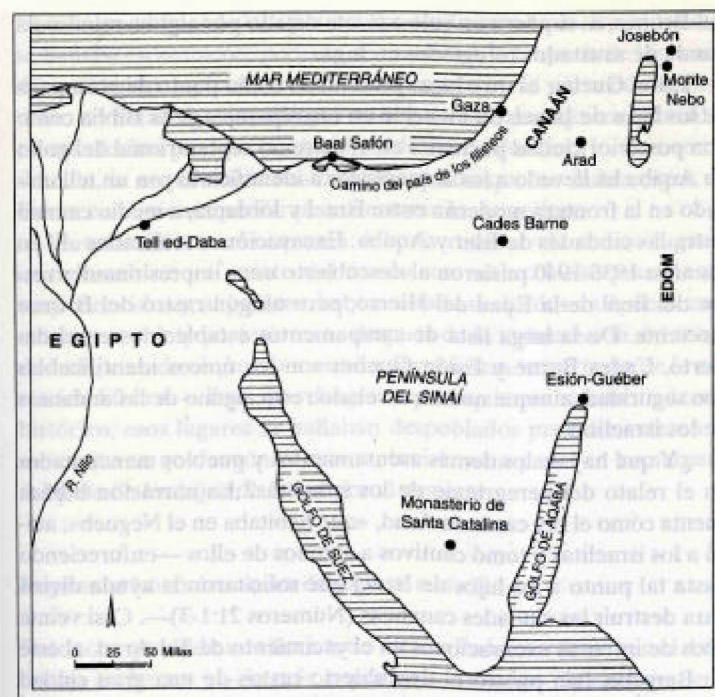


Figura 8. La península del Sinaí, con los principales lugares mencionados en la historia del éxodo.

haber existido, se habría hallado algún indicio arqueológico. Según la narración bíblica, los hijos de Israel acamparon en Cades Barne du rante treinta y ocho de los cuarenta años de sus andanzas. La localización general de este emplazamiento es clara por la descripción de la frontera meridional del territorio de Israel en Números 34. Los arqueólogos lo han identificado con el gran oasis bien regado de Ein el-Qudeirat, en el Sinaí oriental, en la frontera entre los modernos Israel y Egipto. El nombre de Cades pervivió, probablemente, durante siglos en el de una pequeña fuente próxima llamada Ein Qadis. En el centro del oasis se alza un pequeño tell con los restos de un fuerte del periodo final de la Edad del Hierro. Sin embargo, repetidas excavaciones y prospecciones realizadas en toda la zona no han proporcionado ni la más mínima prueba de actividad al final de la Edad del Bronce, ni siquiera un solo cascote dejado por alguna minúscula banda de asustados refugiados en fuga.

Esión Gueber es otro lugar presentado como punto de acampada de los hijos de Israel. Su mención en otros pasajes de la Biblia como una posterior ciudad portuaria en el extremo septentrional del golfo de Aqaba ha llevado a los arqueólogos a identificarlo con un tell ubicado en la frontera moderna entre Israel y Jordania, a medio camino entre las ciudades de Elat y Aqaba. Excavaciones realizadas allí en los años 1938-1940 pusieron al descubierto unos impresionantes restos del final de la Edad del Hierro, pero ningún rastro del Bronce Reciente. De la larga lista de campamentos establecidos en el desierto, Cades Barne y Esión Gueber son los únicos identificables con seguridad, aunque no han revelado resto alguno de las andanzas de los israelitas.

¿Y qué hay de los demás asentamientos y pueblos mencionados en el relato del peregrinaje de los israelitas? La narración bíblica cuenta cómo el rey cananeo Arad, «que habitaba en el Negueb», atacó a los israelitas y tomó cautivos a algunos de ellos —enfureciendo hasta tal punto a los hijos de Israel que solicitaron la ayuda divina para destruir las ciudades cananeas (Números 21:1-3)—. Casi veinte años de intensas excavaciones en el yacimiento de Tel Arad, al este de Berseba, han puesto al descubierto restos de una gran ciudad del Bronce Antiguo de una superficie de unas diez hectáreas y un fuerte de la Edad del Hierro, pero ningún resto del Bronce Reciente, época en que el lugar se hallaba, al parecer, abandonado. Lo mismo se puede decir de todo el valle de Berseba. Arad, sencillamente, no existe al final de la Edad del Bronce.

La misma situación se evidencia al este del Jordán, donde los israelitas errantes se vieron obligados a presentar batalla a la ciudad de Jesebón, capital de Sijón, rey de los amorreos, que intentó impedir el paso de los israelitas por su territorio camino de Canaán (Números 21:21-25; Deuteronomio 2:24-35; Jueces 11:19-21). Excavaciones realizadas en Tel Hesban, al sur de Ammán, demostraron que en el Bronce Reciente no existía allí ciudad alguna, ni siquiera un pueblo pequeño. Y aún hay más: según la Biblia, cuando los hijos de Israel recorrían la meseta de Transjordania, encontraron resistencia y tuvieron enfrentamientos no sólo en Moab, sino también en los Esta-

dos plenamente desarrollados de Edom y Amón. Sin embargo, sabemos que al final de la Edad del Bronce la meseta de Transjordania se hallaba escasamente poblada. En realidad, la mayoría de las zonas de esa región, incluido Edom, mencionado en la narración bíblica como un Estado gobernado por un rey, no estaban siquiera habitadas en esas fechas por una población sedentaria. Por decirlo de manera sencilla, la arqueología nos ha demostrado que no había reyes de Edom con quienes pudieran enfrentarse los israelitas.

A estas alturas el esquema debería resultar claro. Los lugares mencionados en el relato del éxodo son reales. Unos pocos eran muy conocidos y, al parecer, habían estado ocupados en épocas muy anteriores y muy posteriores —después de la instauración del reino de Judá, cuando se puso por escrito por primera vez el texto de la narración bíblica—. Pero, por desgracia para quienes buscan un éxodo histórico, esos lugares se hallaban despoblados precisamente en el momento en que, según se cuenta, tuvieron un papel en los sucesos del paso de los hijos de Israel por el desierto.

Regreso al futuro: las claves del siglo VII a. de C.

Entonces, ¿adonde nos lleva todo esto? ¿Podemos decir que el éxodo, las andanzas y —lo más importante de todo— la entrega de la Ley en el Sinaí no poseen ni siquiera un ápice de verdad? En el relato del éxodo se ha insertado, probablemente, un número tan grande de elementos históricos y geográficos de tantos periodos que es difícil decidirse por un único periodo en que pudiera haber ocurrido algo parecido. Entre esos elementos hay que contar la cadencia intemporal de migraciones a Egipto en la Antigüedad, el incidente concreto de la dominación del delta por los hicsos en el Bronce Medio y los sugerentes paralelismos con ciertas realidades de la era de Ramsés relacionadas con Egipto, además de la primera mención de Israel (en Canaán, no en Egipto). Muchos de los topónimos del libro del Éxodo, como el mar Rojo (en hebreo Yam Suf), el río Sijor al este del delta (Josué 13:3) y el lugar de detención de los israelitas en Pihahiroth parecen tener un origen etimológico egipcio. Todos ellos guardan relación con la geografía del éxodo, pero no indican con claridad su pertenencia a un periodo concreto de la historia de Egipto.

La vaguedad histórica del relato del éxodo incluye el hecho de que no se mencione *por su nombre* a ningún monarca egipcio concreto del Imperio Nuevo (mientras que los posteriores materiales bíblicos sí mencionan a los faraones por su nombre, por ejemplo a Sisac y Neco). La identificación de Ramsés II como el faraón del éxodo fue el resultado de hipótesis académicas modernas basadas en la identificación con él del topónimo de Pi-Ramsés (Éxodo 1:11; 12:37). Hay, sin embargo, algunos vínculos indiscutibles con el siglo VII a. de C. Más allá de una vaga referencia al temor de los israelitas a tomar la ruta de la costa, no se hace mención alguna a los fuertes egipcios del norte del Sinaí ni a sus fortalezas en Canaán. Es posible que la Biblia refleje la realidad del Imperio Nuevo, pero también podría reflejar igualmente las condiciones posteriores de la Edad del Hierro, más próximas al momento en que se redactó la narración del éxodo.

Y eso es precisamente lo que ha propuesto el egiptólogo Donaid

Redford. Los detalles más evocadores y geográficamente más coherentes del relato del éxodo proceden del siglo vil a. de C., durante la gran época de prosperidad del reino de Judá —seis siglos después de que ocurrieran, según se suponía, los sucesos del éxodo—. Redford ha mostrado precisamente que muchos detalles de la narración del éxodo se pueden explicar en ese escenario, que fue también el último periodo del poder imperial de Egipto bajo los soberanos de la **XXVI** Dinastía.

Los grandes reyes de esa dinastía, Psamético I (664-610 a. de C.) y su hijo Neco II (610-595 a. de C.), se amoldaron de forma muy deliberada al modelo de otros faraones egipcios mucho más antiguos. En un intento por restablecer la gloria marchita de su Estado e incrementar su poder económico y militar realizaron proyectos constructivos en la región del delta. Psamético estableció su capital en Sais, al oeste del delta (por lo que el término «saíta» es una variante de la XXVI Dinastía). Neco se comprometió en un proyecto de obras públicas aún más ambicioso en el este del delta: la apertura de un canal a lo largo del istmo de Suez para conectar el Mediterráneo con el mar Rojo a través de los afluentes más orientales del Nilo. La exploración arqueológica del este del Nilo ha revelado el inicio de algunas de estas extraordinarias actividades constructivas por la dinastía saíta —y la presencia allí de numerosos residentes extranjeros.

En realidad, la era de la dinastía saíta nos ofrece uno de los mejores ejemplos históricos del fenómeno de asentamiento de extranjeritos en el delta del Nilo, donde, además de las colonias comerciales griegas establecidas allí desde la segunda mitad del siglo vil a. de C., se hallaban presentes muchos emigrantes de Judá que formaban una numerosa comunidad a comienzos del siglo vi a. de C. (Jeremías 44:1; 46:14). Por otra parte, las obras públicas iniciadas en ese periodo encajan bien con los detalles del relato del éxodo. Aunque en un texto de finales del siglo xm a. de C. se menciona un lugar con el nombre de Pitón, la ciudad de Pitón más famosa e importante fue construida a finales del siglo vil a. de C. Inscripciones halladas en Tell Maskhuta, al este del delta, han llevado a los arqueólogos a identificar este emplazamiento con la Pitón tardía. Y excavaciones realizadas en aquel lugar han revelado que, al margen de una breve ocupación en el Bronce Medio, no estuvo poblado hasta la época de la XXVI Dinastía, cuando creció allí una gran ciudad. De la misma manera, Migdal (mencionado en Éxodo 14:2) es un nombre corriente entre los fuertes de la época del Imperio Nuevo, pero se conoce un Migdal concreto y muy importante en el este del delta en el siglo vil a. de C. No es mera coincidencia que el profeta Jeremías, que vivió a finales del siglo vil y principios del vi a. de C., nos hable (44:1; 46:14) de los judaítas residentes en el delta, con una mención expresa de Migdal. Finalmente, el nombre de Gosén —para la zona en que se asentaron los israelitas en el este del delta (Génesis 45:10)— no es un nombre egipcio sino semítico. A partir del siglo vil a. de C., los árabes que- daritas se expandieron hasta el borde de las tierras habitadas del Levante y en el siglo VI llegaron al delta, donde más tarde, en el siglo V, se convirtieron en un elemento dominante. Según Redford, el nombre de

Gosén deriva de Geshem, nombre dinástico de la familia real quedarita.

En algunos de los nombres característicamente egipcios mencionados en la historia de José se evidencia también un trasfondo del siglo VII a. de C. Aunque se habían utilizado de vez en cuando en periodos anteriores de la historia egipcia, los cuatro nombres del relato —Zafnat-Panej (el gran visir del faraón), Putifar (funcionario real), Potifera (sacerdote) y Asenat (hija de Potifera)— no alcanzaron su máxima popularidad hasta los siglos vn y vi a. de C. Un detalle adicional aparentemente secundario, el temor egipcio a una invasión desde el este, parece resolver el caso de manera categórica en favor de la hipótesis de que el relato bíblico incorporó muchos detalles de ese periodo concreto. Egipto no fue invadido nunca desde esa dirección antes de los ataques lanzados por Asiría en el siglo VII. Sin embargo, en la historia de José, la tensión dramática se agudiza cuando éste acusa a sus hermanos, recién llegados de Canaán, de ser espías venidos «a inspeccionar las zonas desguarnecidas del país» (Génesis 42:9). Y en el relato del Éxodo, el faraón teme que, tras su marcha, los israelitas quieran colaborar con algún enemigo. Estos toques dramáticos sólo tendrían sentido *después* de la gran época de poder egipcio del periodo de la dinastía de faraones llamado Ramsés, con el telón de fondo de las invasiones de un Egipto muy debilitado llevadas a cabo por asirios, babilonios y persas en los siglos VII y VI.

Por último, todos los lugares importantes con alguna función en el relato de las andanzas de los israelitas estaban habitados en el siglo VII; en algunos casos, *sólo* estuvieron ocupados en ese tiempo.

En Cades Barne se estableció una gran fortaleza en el siglo VII. Se discute acerca de la identidad de los constructores del fuerte, sobre si sirvió como un lejano puesto de avanzada del reino de Judá en el sur que dominaba las rutas del desierto a finales del siglo VII o si fue construido a comienzos del mismo bajo los auspicios de Asiría. Pero, en cualquier caso, ese emplazamiento tan destacado en la narración del Éxodo como principal lugar de acampada de los israelitas fue un importante y, quizá, famoso puesto de avanzada en el desierto durante el periodo final de la monarquía. La ciudad portuaria de Esión-Guéber, en el sur, floreció también por aquellas mismas fechas. Igualmente, los reinos de Transjordania eran lugares populosos y muy conocidos en el siglo vii. El caso más significativo es el de Edom. La Biblia describe cómo Moisés envió emisarios desde Cades Barne al rey de Edom pidiéndole permiso para atravesar su territorio de camino a Canaán. El rey edomita se negó a otorgarlo y los israelitas tuvieron que rodear su país. Así pues, en ese momento, existía, según la narración bíblica, un reino de Edom. Investigaciones arqueológicas indican que Edom sólo alcanzó la condición de Estado bajo el auspicio de los asirios, en el siglo vil a. de C. Antes de esa época era una zona marginal escasamente ocupada, habitada principalmente por pastores nómadas. Otro dato no menos importante es que Edom fue destruido por los babilonios en el siglo VI a. de C., y la actividad sedentaria no se recuperó allí hasta la época helenística.

Todos estos indicios dan a entender que la narración del éxodo tuvo su forma definitiva en tiempos de la XXVI Dinastía, en la segunda mitad del siglo vn y primera del vi a. de C. Sus numerosas referencias a lugares y sucesos concretos de este periodo indican muy claramente que su autor o autores incorporaron al relato muchos de-

talles contemporáneos (de manera muy similar a como los manuscritos miniados europeos de la Edad Media pintaban a Jerusalén como una ciudad de Europa, con torrecillas y almenas, para acentuar la impresión directa que causaban en los lectores contemporáneos). Es posible que en la vigorosa epopeya que tomó prestados paisajes y monumentos conocidos se entretejeran hábilmente leyendas más antiguas y menos formalizadas sobre una liberación de Egipto. Pero ¿puede ser una mera casualidad que los detalles geográficos y étnicos tanto de las historias sobre el origen de los patriarcas como del relato de la liberación del éxodo tengan todas las características de haber sido compuestos en el siglo vn a. de C.? ¿Había en ellos núcleos más antiguos de verdad histórica, o fue entonces cuando se redactaron por primera vez los relatos básicos?

Desafío a un nuevo faraón

Es evidente que la epopeya de la liberación de Egipto no fue compuesta como una obra original en el siglo vn a. de C. Las líneas generales del relato eran conocidas, sin duda, desde mucho antes y aparecen en alusiones al éxodo y la travesía del desierto recogidas todo un siglo antes en los oráculos de los profetas Amos (2:10; 3:1; 9:7) y Oseas (11:1; 13:4). Ambos comparten el recuerdo de un magno acontecimiento histórico relativo a una liberación de Egipto y que ocurrió en un pasado distante. Pero ¿de qué clase de recuerdo se trataba?

El egiptólogo Donaid Redford ha sostenido que los ecos de los grandes acontecimientos de la ocupación de Egipto por los hicsos y su violenta expulsión del delta resonaron durante siglos hasta convertirse en un recuerdo fundamental y compartido del pueblo de Canaán. Estas historias de colonos cananeos instalados en Egipto que se habían hecho con el dominio en el delta y fueron luego obligados a regresar a su país de origen pudo haber servido como foco de solidaridad y resistencia cuando el control egipcio sobre Canaán se hizo más estricto durante el Bronce Reciente. Según veremos, con la asimilación final de muchas comunidades cananeas al cristalizar Israel como nación, esa vigorosa imagen de libertad pudo haber adquirido significado para una comunidad cada vez más amplia. Durante el tiempo de los reinos de Israel y Judá, el relato del éxodo podría haber pervivido y haber sido elaborado como una epopeya nacional —una llamada a la unidad de la nación frente a las continuas amenazas de los grandes imperios.

Es imposible decir si la narración bíblica fue o no una ampliación y una elaboración de ciertos vagos recuerdos de la inmigración de gente cananea a Egipto y su expulsión del delta en el segundo milenio a. de C. No obstante, parece claro que el relato bíblico del éxodo extrae su fuerza no sólo de tradiciones antiguas y detalles geográficos y demográficos contemporáneos, sino, de manera aún más directa, de las realidades políticas del momento.

El siglo VII fue un tiempo de gran renovación tanto en Egipto

como en Judá. Tras un largo periodo de decadencia y unos difíciles años de sometimiento al imperio de Asiria, el rey Psamético I se hizo con el poder en Egipto y volvió a transformar su país en una importante potencia internacional. A medida que el dominio del imperio asirio comenzaba a derrumbarse, Egipto pasó a cubrir el vacío político ocupando antiguos territorios asirios e instaurando un dominio egipcio permanente. Entre los años 640 y 630 a. de C., cuando los asirios retiraron sus fuerzas de Filistea, Fenicia y la zona del anterior reino de Israel, Egipto se apoderó de la mayoría de esas regiones y el dominio político egipcio sustituyó al yugo asirio.

En Judá fue la época del rey Josías. La idea de que YHWH cumpliría en última instancia las promesas hechas a los patriarcas, Moisés y el rey David —promesas de un pueblo de Israel numeroso y unificado que viviría seguro en su tierra—, fue una concepción política y espiritual vigorosa para los subditos de Josías. En aquella época, Josías se embarcó en el ambicioso intento de sacar partido al hundimiento asirio y aunar bajo su gobierno a todos los israelitas. Su programa consistía en expandirse hacia el norte de Judá, hacia los territorios donde seguían viviendo israelitas un siglo después de la caída del reino de Israel, y hacer realidad el sueño de una monarquía gloriosa unificada: un Estado grande y poderoso formado por todos los israelitas, que venerarían a Dios en un Templo levantado en una capital —Jerusalén— y estarían gobernados por un rey del linaje de David.

Las ambiciones de expansión imperial del poderoso Egipto y las del minúsculo Judá de anexionarse territorios del antiguo reino de Israel y asentar su independencia entraban, por tanto, directamente en conflicto. El Egipto de la **XXVI** Dinastía, con sus aspiraciones imperiales, se interponía en el camino del cumplimiento de los sueños de Josías. Imágenes y recuerdos del pasado se convirtieron en ese momento en el argumento para una prueba de voluntad nacional entre los hijos de Israel y el faraón y sus aurigas.

La composición de la narración del éxodo se nos presenta así bajo una perspectiva sorprendentemente nueva. De la misma manera que la forma escrita de las historias de los patriarcas entretejió las tradiciones dispersas de los orígenes al servicio de un renacimiento nacional en la Judea del siglo VII, el relato plenamente elaborado que hablaba de un conflicto con Egipto —del gran poder del Dios de Israel y de cómo rescató milagrosamente a su pueblo— sirvió a un objetivo político y militar todavía más inmediato. La gran epopeya de un nuevo comienzo y una segunda oportunidad debió de haber dejado oír sus ecos en la conciencia de los lectores del siglo VII recordándoles sus propias dificultades y dándoles esperanza para el futuro.

Las actitudes hacia Egipto en los últimos tiempos del Judá monárquico fueron siempre una mezcla de temor reverencial y repugnancia. Por un lado, Egipto había sido siempre un puerto seguro en tiempos de hambrunas y un asilo para los fugitivos y se le consideraba un aliado potencial contra las invasiones del norte. Pero, al mismo tiempo, las sospechas y la animadversión hacia el gran vecino meridional, que había ambicionado desde muy antiguo controlar el paso terrestre hacia el norte, hacia Asia Menor y Mesopotamia, a través del país de Israel, no habían desaparecido nunca. Fue en ese momento

cuando un joven dirigente de Judá se dispuso a hacer frente al gran faraón y cuando se elaboraron varias tradiciones antiguas procedentes de muchas fuentes diversas hasta formar una epopeya única de grandes vuelos que reafirmó los objetivos políticos de Josías.

En siglos posteriores —durante el exilio en Babilonia y más tarde— se añadirían nuevos elementos al relato del éxodo. Pero ahora podemos ver cómo se ensambló aquella asombrosa composición bajo la presión de un conflicto creciente con Egipto en el siglo VII a. de C. La epopeya de la salida de Israel de Egipto no es ni verdad histórica ni ficción literaria. Es una vigorosa expresión de recuerdos y esperanzas nacida en un mundo en medio de un cambio. El enfrentamiento entre Moisés y el faraón reflejó la transcendental contienda entre el joven rey Josías y el faraón Neco, recién coronado. Fijar esta imagen bíblica en una fecha concreta es traicionar el significado más profundo del relato. La Pascua no es, por tanto, un acontecimiento singular, sino una experiencia continua de resistencia nacional contra los poderes de cada momento.